

ro, el notable historiador del Puerto de Buenos Aires, ayudaron á Ayolas en este asesinato. Medrano y un tal Jerónimo Ternero. La muerte fué tan rápida, que los amigos y parientes de Osorio no pudieron intervenir en su favor.

El Adelantado se asomó á la entrada de su tienda: «Este hombre — dijo — tiene su merecido; su soberbia y su arrogancia le han traído á este estado». El cadáver, con siete heridas abiertas, fué puesto sobre un tapiz repostero con un rótulo infamante en el pecho: «Por traidor y amotinador». Luego Mendoza publicó un bando con pena de muerte, «para que ninguno se alborote por causa de Osorio, porque le sucederá lo propio que á él».

Quedaron todos apenados y cohibidos luego de este suceso. Siguió la armada adelante, y á principios de 1535 entró en el río de la Plata. ¡Al fin llegaban al país de las maravillas! . . . En la flota se habían embarcado, como conocedores de la tierra, Diego García, el compañero de Gaboto, que murió en las Canarias; Luis Ramírez, cronista de la anterior expedición, y Melchor Ramírez, el náufrago de la isla de Santa Catalina, el camarada de Alejo García, que ahora en este viaje desempeñaba el cargo de escribano.

Al entrar en el río de la Plata Don Pedro, envió delante á su hermano Don Diego, para que escogiese sitio donde establecer una población, y éste se detuvo en la costa meridional, junto á la desembocadura de un riachuelo. La pequeña corriente, por ofrecer puerto seguro para el calado escaso de los buques de entonces, decidió el que los conquistadores fundasen la ciudad en una de sus márgenes. El 2 de Febrero de 1536 se abrieron los cimientos de una tapia de defensa, dentro de la cual fueron levantándose las viviendas de los expedicionarios. En la tapia y sus empalizadas colocáronse algunos *versos*, pequeños cañones ó culebrinas, que equipaban entonces á las modernas piezas de desembarco.

Así quedó fundada la primera ciudad de Buenos Aires. Según una tradición pueril, este nombre proviene de haber exclamado el capitán Sancho García, cuñado de Mendoza, al saltar á tierra: «¡Qué buenos aires son los de este país!» Este origen del nombre de la ciudad, inverosímil y hasta ridículo, no puede aceptarse. Además, la nueva población no fué bautizada con el nombre de Buenos Aires, sino que se llamó desde el primer momento Puerto de Santa María de Buenos Aires.

Era muy venerada entonces en el barrio de Triana (Sevilla) la imagen de Nuestra Señora de los Buenos Aires, patrona de mareantes, por la que sentían gran devoción todos los marinos andaluces. Cada vez que salía para el Nuevo Mundo una expedición de la barra de Sanlúcar, los mareantes, antes de bajar el río en demanda de sus naos, iban á rezar en Triana ante la Virgen, cuyo nombre fué recordado muchas veces en los mares y tierras del otro hemisferio. Hoy Nuestra Señora de los Buenos Aires ya no está en Triana; la trasladaron al palacio de San Telmo como un recuerdo histórico. Es indudable que Don Pedro de Mendoza, devoto de esta imagen, como todos los conquistadores de Indias, pensó dar su nombre á la primera ciudad que fundase. Tal vez Sancho García, si dijo realmente las palabras que se le atribuyen, aludió con ellas al nombre que ya sabía escogido por su cuñado para la nueva población.

La vida del Puerto de Santa María de Buenos Aires fué muy triste. Los grandes de España, los soldados gloriosos, las nobles damas, los aventureros y clérigos, toda aquella expedición brillante y numerosa, llegada en busca de metales preciosos á una tierra de maravillas, encontraron desde el primer instante molestias, enfermedades, hambre y continua guerra con los indios querandíes, raza belicosa, muy hábil en el manejo del dardo y las bolas arrojadas.

En los primeros días, tal vez por estudiar de cerca á los blancos y enterarse de sus fuerzas, los querandíes proporcionaron á la expedición víveres abundantes; pero luego desaparecieron, dejando á los habitantes de Buenos Aires en hambrienta soledad. Mendoza envió men-

sajeros en busca suya, con amables invitaciones, pero estos emisarios fueron maltratados. Entonces salió para su castigo una expedición de 300 infantes y 30 jinetes, mandada por Don Diego de Mendoza, hermano de Don Pedro, y los indios, que eran algunos miles, la recibieron á pie firme, trabándose un combate sangriento. Perecieron en él unos 1.000 indígenas, pero de los españoles murieron los más principales, Don Diego de Mendoza, víctima de un bolazo; Don Pedro de Benavides, los capitanes Medrano, Guzmán, Pedro Afán de Ribera, Pedro de Luján, Luis Benavides, y 35 soldados.

El historiador Ulderico Schmidel, que tomó parte en el combate, dice así: «Tienen unas bolas de piedra atadas á un cordel largo, como las nuestras de artillería (pedreros), echándolas á los pies de los caballos ó de los ciervos cuando cazan, hasta hacerlos caer; y con estas bolas mataron á nuestro capitán y á otros hidalgos; y á los de á pie los mataban con sus dardos, lo cual vi yo. Pero, no obstante su resistencia, los vencimos y entramos en su pueblo (*tolderia*), aunque no pudimos coger vivo ninguno, ni aun mujeres y niños, porque antes de llegar nosotros los habían llevado á otro lugar. En el pueblo hallamos pieles de nutria, mucho pescado, harina y manteca de peces, que sirvieron luego para abastecer á la gente, repartiéndose tres onzas de harina por cabeza y cada tres días un pez, y si alguno quería más debía ir á pescarlo».



PORTADA DEL LIBRO DE ULDERICO SCHMIDEL REPRESENTANDO AL AUTOR MONTADO EN UN LLAMA (Nuremberg, 1602).

Así continuó la vida de la naciente ciudad, teniendo que enviarse expediciones armadas y sostener combates sangrientos siempre que se necesitaban víveres. Los indios tomaron varias veces la ofensiva y llegaron á reunirse hasta 23.000 guerreros entre querandíes, bartenes, charrúas y timbúes frente á las tapias de Buenos Aires.

Mendoza dió posesión de sus cargos á los capitanes que habían venido nombrados desde España y comenzó la vida colonial, que no pudo ser más mísera y triste. La humedad del suelo y la escasez de buenas habitaciones dieron por consecuencia terribles enfermedades que diezaban el vecindario. La falta de víveres fué cada vez mayor. Algunos tiradores hábiles, saliendo al campo, con gran riesgo de caer en manos de los indios, podían traer pequeñas cantidades de caza para el siempre enfermo Mendoza y los magnates de la expedición (1). Los querandíes atacaban frecuentemente la tapia de la ciudad y los versos habían de dispararse todos los días

(1) Como muestra de lo que los españoles sufrieron en la primera ciudad de Buenos Aires, es oportuno copiar parte del memorial que Bartolomé García, natural de Morón (Sevilla) y vecino de Asunción, dirigió al gobernador Irala exponiendo sus servicios en el río Plata, adonde vino en la expedición de Don Pedro de Mendoza. Dice así este español, que, por lo que se ve, era un excelente tirador:

«Bien sabe vuestra merced que desde llegamos á Buenos Aires, de diez y seis hombres que fueron con Gonzalo de Acosta á descubrir los Tenbúes yo fui uno de ellos, y en el camino nos flecharon los guaraníes de las islas, y de allí salí herido, que cinco años tuve un palo metido en el brazo y al cabo de cinco años me salió, y pasé de él lo que vuestra merced bien supo y vido por vistas de ojos, y en estos cinco años nunca dejé de hacer lo

para mantenerlos á distancia. Muchos jinetes valerosos, que salieron á perseguirlos, cayeron muertos por las bolas arrojadas. Los tigres saltaban por la noche las empalizadas atraídos por el hedor mortuorio de la población, obligando á una continua vigilancia á los infelices conquistadores. El hambre, un hambre sin remedio, enloquecía á los españoles. Mataban los caballos que no se habían fugado á las llanuras, aprovechando los momentos en que los sacaban á pastar; empleaban para su alimentación todas las alimañas repugnantes que podían encontrarse, y hasta, juzgando por ciertos informes, parece que el hambre los impulsó á peores excesos. Las pobres damas de la expedición dieron pruebas de una energía sobrehumana, que fué como remota ejecutoria del heroísmo y las virtudes de la mujer argentina.

Los querandíes aprovechábanse del desconcierto, del hambre y la peste, para hacer más difícil la vida de la ciudad. Atando á sus dardos y bolas manojos de hierbas encendidas, arrojábanlos sobre las techumbres de paja de las chozas hasta incendiarlas. Juan de Ayolas y otros capitanes mantenían la energía de los combatientes y la defensa de la ciudad, supliendo al quebrantado y triste Mendoza. Hubo frecuentes combates, en los que perdieron la vida muchos caballeros, y la completa falta de víveres hizo insostenible la situación.

Ayolas, buscando mayor seguridad y subsistencias, fundó río adentro el pueblo de Corpus Cristi, poco más ó menos donde había estado emplazado el fuerte de Santi Spiritus.

Allí resucitaron las ilusiones y esperanzas de la Sierra de la Plata, adormecidas durante los infortunios. Un soldado de la expedición de Gaboto, llamado Gonzalo Romero, vino á su

que me fué mandado, que el señor Don Pedro, que sea en gloria, y á mí y á otros seis compañeros, los cuales hay vivos, los que vuestra merced sabe, nos mandó que le cazásemos, y así lo hicimos, que siempre todos los días teníamos de trebulto docena y media de perdices y codornices, como vuestra merced es testigo, que comía el señor don Pedro y los que él más quería. Y esto duró hasta que se fué á los Tenbúes, y Francisco Ruiz nos demandó al señor Don Pedro, á mí y á varios para que quedásemos con él en guarda de las naos; y el señor Don Pedro, por lo que á Francisco Ruiz le había prometido, nos dejó, y de allí se fué el señor Don Pedro á los Tenbúes y se tornó otra vez á Buenos Aires. Yo le dí y le daba de comer, como otra vez se lo había dado, de perdices y codornices; porque el día que se embarcó para España metió en la nao más de ciento y cincuenta perdices y codornices, y á esto vuestra merced no estaba presente; mas ahí está el Alférez Vergara, que por su mano las metió en la nao. Vuestra merced bien sabe que en Buenos Aires, después que el señor Don Pedro se partió para España, quedamos con mucha hambre. Yo ballesteaba con mucho peligro de indios y de tigres y daba de comer á setenta hombres que allí estaban, porque todos los días, domingos y fiestas, les mataba dos ó tres venados, con que les daba ración con que se sostenían; y deste trabajo, aun de la centinela no fuí reservado, y desto vuestra merced bien sabe que hay muchos testigos; y que traía las rodillas y manos corriendo sangre de andar á gatas para poder tirar á los venados, como vuestra merced ve que se hace hoy en día quien los quiere matar.

»Vuestra merced bien vido y supo que de los tigres que entraban en la palizada y mataban la gente, yo aguardé uno que hacía mucho daño dende un árbol, fuera de la palizada, contra la voluntad de Francisco Ruiz, habiéndoselo suplicado y pedido por merced que me dejase aguardarlo, y lo maté. Pues vuestra merced bien vido cuando íbamos á Buenos Aires por el río de los Tenbúes que salieron los Quirandís á flecharnos en los navíos, y que por un tiro que yo hice, que vuestra merced bien vido, no nos hirieron muy mal, porque muy bien pudieran á su salvo hacello. Cuando vuestra merced ha ido á descubrir y á las guerras, cuando se levantó la tierra, en todas ellas me he hallado delante y á su lado, y desto vuestra merced es testigo. Nunca me he hallado sin armas dobles y de respeto para mí y para otros que las habían menester, porque las habían quebrado, desbaratado, para contratar con los indios é indias para su servicio. Pues yo nunca las quebré, ni desbaraté, ni contraté, ni con el contrato con los indios merqué yeguas ni caballos, como otros han hecho, como vuestra merced bien sabe, porque yo no he reosgado ni chinchoreado, ni bando de vuestra merced ni de otro que haya mandado, quebrantado, ni menos por montes huído ni aventado, ni en cárceles estado, ni de vuestra merced por cosas mal hechas perdonado, ni por estos servicios ni trabajos que tengo dicho y otros muchos que dejo de decir, que vuestra merced es testigo, nunca de vuestra merced ninguna buena obra hasta agora he recibido. Débelo de causar mi desgracia, que siempre he tenido con vuestra merced, por no ser enoportuno, como otros han sido y son. Y ahora que esperaba el galardón de mis trabajos á cabo de veinte y un años, en el repartir y encomendar de los indios vuestra merced me ha dejado sin suerte».

encuentro desde el interior, donde vivía entre los indios, é inflamó las imaginaciones con sus relatos. Al escucharle todos piensan de nuevo en los tesoros del «Rey blanco». Tal es su fe, que algunos contraen deudas ó hacen préstamos á pagar con las primeras cantidades de oro ó plata que conquistaran en la famosa tierra de los Charcas. Dos soldados se entusiasman de tal modo con los relatos de Romero y de algunos indios de Corpus Cristi, que con la audaz ignorancia de la época se alejan solos á través del Chaco, y nadie sabe más de ellos.

Muéstrase Ayolas impaciente por llegar cuanto antes á las montañas de plata. Con este



BUENOS AIRES EN SU PRIMERA FUNDACIÓN (Grabado antiguo con arreglo á los informes de Schmidel, que revela los excesos á que se vieron obligados los sitiados, á causa del hambre).

objeto había venido de España, lo mismo que todos los expedicionarios. Mendoza le concede permiso para seguir río arriba, y de tal modo participa de las ilusiones de su teniente, que le entrega por escrito la proporción en que debe repartir los ansiados tesoros. Con tres embarcaciones y 160 hombres emprende el viaje Ayolas, Paraná arriba, llevando como segundo al capitán Domingo Martínez de Irala. Don Pedro, con una candorosa ignorancia del país, le da cuatro meses de plazo para llegar á la Sierra de la Plata (ó sea el Perú) y regresar al Paraná. Se abrazan Mendoza y Ayolas por última vez. Ya no se verán más. Los dos están dedicados á la muerte.

La navegación río arriba fué penosa, y los temporales tan recios que, según un testigo, «parecía que en los aires hablaban los demonios». En la margen izquierda del río Paraguay encuentran una aldea indígena, atrincherada, llamada Lambaré. Los españoles la toman tras recio combate, y sobre sus ruinas construyen un fuerte que es el principio de la futura ciudad de Asunción. Luego suben hasta Candelaria y allí Irala se queda con 30 hombres y Ayolas se despide de él. ¡Es el adiós para siempre!... El 3 de Febrero de 1537 se lanza en plena tierra

de los Mbayaes con 130 cristianos. El mayoral de los indios payaguaes, llamado Tamatía, le da 30 indígenas para que lleven á cuestras su impedimenta. Ganoso de estrechar todavía más las relaciones con el animoso capitán, le da una hija suya como esposa. Ayolas marcha contento y seguro del éxito. Entre los payaguaes ha encontrado un guía inapreciable. Es un indio que vió á otro cristiano marchar por estas tierras trece años antes: es un esclavo de Alejo García, que conoce el camino de la Sierra de la Plata por haber acompañado á su amo en la famosa expedición.

Ayolas marcha incesantemente, bajo un sol abrasador, sin miedo á las tribus enemigas, ni á los desiertos, faltos de agua y de frutos. La esperanza acelera sus pasos. ¡Van á realizarse sus ilusiones! ¡Será el heredero de Alejo García! . . . Conforme avanza va encontrando en las tolderías algunos objetos de plata, aunque de escaso valor. El tesoro se acerca. Al tropezarse con las tribus de los chaneses, antiguos aliados de García, los jefes de más experiencia le aconsejan que no siga adelante, enumerando la fuerza y el número de los charcas que viven en las montañas de plata. Pero Ayolas desprecia los prudentes consejos y continúa su empresa temeraria, arrastrando tras él á gran número de chaneses y otros indios vecinos.

Al fin, tras muchas penalidades, llegó al deseado país de charcas, encontrando «grandes poblaciones de recintos murados».

Tal vez estos pueblos, con cercas de madera y de tierra, eran fortificaciones que habían levantado los charcas luego de la llegada de Alejo García, en previsión de nuevas invasiones por la parte oriental. Los charcas pusieron en armas al ver llegar á toda esta gente en son de conquista y se aprestaron á la resistencia. Como eran muchos, el piloto Esteban Gómez, antiguo compañero de Magallanes, que iba ahora con Ayolas, le aconsejó la retirada. Lo mismo que Alejo García, emprendió éste la vuelta al Paraguay «para rehacerse de gente, y con más fuerza volver á la conquista».

El expedicionario español se llevaba, sin embargo, un testimonio de su audaz correría. Veinte cargas de oro y plata eran la impedimenta en su viaje de regreso. Según un relato de la época, «el principal de aquel país le hizo estos regalos» tal vez para que se marchase cuanto antes, sabiendo por experiencia que los blancos tornábanse al punto de partida apenas podían cargar á sus indios con metales preciosos. Este jefe indígena debió ser un cacique charca llamado Tizo, que un año después resistió valerosamente á Gonzalo Pizarro.

La falta de municiones de guerra obligaba también á Ayolas á regresar cuanto antes. La expedición había consumido toda su pólvora en los combates con los caracaras y otras tribus hostiles que encontró en el camino. Los arcabuces, que tanta superioridad daban á los cristianos sobre el indio, eran con esto armas inservibles. Hasta las ballestas resultaban inútiles por falta de cuerdas.

Ayolas dejó á muchos de sus compañeros, que estaban enfermos, entre los indios chaneses, tomando rehenes para su seguridad. Nada se supo después de estos españoles, perdidos para siempre entre los salvajes. Unos los dieron por muertos; otros creyeron reconocer su descendencia, años después, en ciertas tribus errantes, dando esto lugar á numerosas leyendas que aun hoy se recuerdan en el Chaco.

Siguió la expedición su viaje de regreso, siempre guiada por el antiguo esclavo de García. Caminaban ahora en zig-zag, prefiriendo los parajes desiertos, apartándose de las tribus con tanta prontitud como las habían buscado en su viaje de ida. La pequeña hueste, fatigada, enferma, sin municiones y con las 30 cargas de oro y plata, era una presa fácil, capaz de tentar la codicia de los indígenas. Así llegaron á Candelaria, sufriendo grandes suplicios de hambre y sed, trece meses después de haber salido de este punto. De los 130 hombres que partieron con

Ayolas, sólo volvían 80 espectros, lívidos y enjutos como cadáveres, por este viaje de 400 leguas á través de uno de los países más crueles é inhabitables del planeta. «Volvían dolientes — dice un historiador de la conquista —, trabajados, sin pólvora ni cuerdas de ballesta».

Quiso la fatalidad que al llegar á Candelaria estuviese ausente Irala, que se había comprometido á esperarlos. Al verse solos, dejáronse seducir por los indios payaguaes, que se habían familiarizado con ellos, y les invitaron á descansar en sus aldeas. La necesidad de reposo y la confianza en los aliados, decidió la aceptación de Ayolas y los suyos, y en vez de aguardar en las orillas del río, siguieron descuidadamente, y en grupos sueltos, á los invitantes. Al cruzar un pantano, los payaguaes «los embistieron como perros rabiosos, abrazando dos indios á cada cristiano», mientras otros indígenas salían de la espesura armados de mazas «matándolos á traición y á palos». Hasta el esclavo de García pereció en esta matanza. Los asesinos se apoderaron de las cargas de oro y plata. Ayolas acabó como Alejo García á la vuelta del país de las maravillas y en pleno éxito. Las riquezas de los charcas atraían la desgracia. Morir á traición era el sino de los aventureros valerosos que regresaban cargados de riquezas de la tierra de misterio. García y Ayolas fueron héroes de un coraje sobrehumano. Como dice Manuel Domínguez, «más difícil es cruzar el Chaco dos veces que dar la vuelta al mundo sobre el mar».

Mientras Ayolas caminaba por el desierto hacia la tierra de los charcas, Don Pedro de Mendoza, siempre enfermo y cada vez más inútil para la conquista, decidíase á regresar á España. Tal era el estado de su salud, que murió al poco tiempo de navegación, siendo su cadáver arrojado al mar.

El infortunado caballero pensó hasta en los últimos momentos en la Sierra de la Plata y sus fabulosas riquezas. Estaba arruinado. La desgraciada y enorme expedición había consumido su fortuna, y además devoraba su vida. Murió el 23 de Junio de 1537, nueve meses antes que Ayolas pereciese á manos de los indios. Al embarcarse para España, dejó instrucciones á los oficiales, nombrando á su fiel teniente como sucesor, y además se preocupó, en una carta dirigida á Ayolas, de la distribución de las enormes riquezas que éste iba á conquistar (1).

El pobre Don Pedro era hombre duro en materias de disciplina y de carácter agriado por las dolencias, pero creía proceder en todos sus actos con rectitud y lealtad. Además, perdió fortuna y vida en la empresa, lo que le hace altamente respetable. Fué un iluso más en la larga lista de heroicos aventureros devorados por la fabulosa leyenda del Río de la Plata.

Mientras Ayolas caminaba por el Chaco, Salazar había fundado cerca de la antigua aldea de Lambaré la ciudad de Asunción, «para estar más cerca de la Sierra de la Plata». Martínez Irala, que desde la partida de Don Pedro ejercía las funciones de gobernador interino en nombre del ausente Ayolas, sucesor del Adelantado, intentó una expedición por el Chaco para salir al encuentro de su compañero, llegando, si era preciso, hasta la Sierra. En Noviembre de 1539 partió de la Asunción con 280 cristianos, nueve bergantines y 300 indios. Dejó en San Sebastián (lugar situado ocho leguas más abajo de Candelaria), á Juan Ortega con 70 hombres,

(1) «Dejo ahí — decía — al capitán Francisco Ruiz para que me lleve la nueva de lo que, si place á Dios, vos hubiéades fecho, y alguna perla ó joya si hubiéades habido para mí . . . Toda mi esperanza es en Dios y en vos . . .

»Si Dios os diera alguna joya ó alguna piedra, no dejéis de enviármela, porque tenga algún remedio de mis trabajos y mis llagas . . .

»Si Dios fuere servido que halléis algún oro ó plata, sacaréis los costos que yo he hecho, que vos los tenéis por escrito, y sacaréis para mí diez y seis partes, y para vos ocho, y á los capitanes á cuatro, y los otros según hubiere servido cada uno.»

y en Febrero de 1540 se internó en el Chaco en busca de Ayolas. Ignoraba aún que éste había sido asesinado, hacía dos años, en un paraje relativamente próximo. En los primeros tiempos de la conquista, el tiempo y la distancia parecían no tener valor alguno.

Irala sufrió la desgracia de que le sorprendiese en el Chaco el mal tiempo. Diez y ocho días seguidos de lluvia convirtieron la llanura en inmensa charca, por donde caminaban los soldados con agua á la cintura. Era imposible avanzar más, y esta expedición, la más numerosa de cuantas habían salido hasta entonces para la Sierra de la Plata, tuvo que retroceder á San Sebastián. Allí encontró Irala casualmente á un indiecito chané de quince años, que luego se bautizó con el nombre de Gonzalo Chaves. Era el único superviviente de la matanza en que pereció Ayolas. Por él se supo lo que pasó en el viaje de los charcas y la traición de los paguaes á la vuelta, dos años después de ocurridos estos sucesos. De haber perecido Chaves, es posible que el trágico fin de Ayolas hubiera quedado para siempre en el misterio.

Al saberse la muerte del gobernador designado por Mendoza, los españoles aclamaron á Martínez Irala para sucederle. Éste inauguró su mando engrandeciendo la ciudad de la Asunción, elevando nuevos edificios, formando un cabildo y distribuyendo los indios en encomiendas entre los vecinos de la nueva ciudad. Además, dió orden de despoblar á Buenos Aires, trayendo á la Asunción las pobres gentes que aún se sostenían en ella, y que lo mismo durante su permanencia en la triste ciudad, como en su viaje al Paraguay, tuvieron que sufrir los mayores padecimientos (1). La razón principal para despoblar Buenos Aires no fué que sus vecinos estarían con más seguridad y abundancia tierra adentro, sino «que así se hallarían más cerca de la entrada de la Sierra de la Plata». La imagen de las montañas de metal precioso surgía invariablemente en todos los actos de la primera vida colonial.

Irala deseaba reunir muchos hombres, los más que le fuera posible, todos «gente recia», para ir á la conquista de la tierra de los charcas. El relato de las cargas de oro y plata traídas por Ayolas inflamaba el entusiasmo de los aventureros. Seguía perturbándolos el espectro de

(1) Una carta enviada desde Asunción por Doña Isabel de Guevara á la Princesa Doña Juana, gobernadora de los reinos españoles, revela lo que sufrieron los habitantes de la primitiva Buenos Aires, tanto en los últimos tiempos de la ciudad como en su triste retirada hacia el Paraguay.

Esta carta va reproducida íntegramente á continuación, pues demuestra cuál era el temple de las damas españolas que intervinieron en el descubrimiento, animosas mujeres de grandes virtudes é incansable heroísmo:

«Muy alta y muy poderosa señora: Á esta provincia del Río de la Plata, con el primer gobernador della, Don Pedro de Mendoza, hemos venido ciertas mujeres, entre las cuales ha querido mi ventura que fuese yo la una; y como la armada llegase al puerto de Buenos Aires con mil é quinientos hombres, y les faltase el bastimento, fué tamaña el hambre, que, á cabo de tres meses, murieron los mil. Esta hambre fué tamaña que ni la de Jerusalén se le puede igualar, ni con otra ninguna se puede comparar. Vinieron los hombres en tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaban de las pobres mujeres, así en lavarles las ropas, como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, limpiarlos, hacer centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas, cuando algunas veces los indios les venían á dar guerra, hasta cometer á poner fuego en los versos, y á levantar los soldados, los que estaban para ello, dar arma por el campo á voces, sargenteando y poniendo en orden los soldados. Porque en este tiempo, como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres. Bien creerá V. A. que fué tanta la solicitud que tuvieron, que, si no fuera por ellas, todos fueran acabados, y si no fuera por la honra de los hombres, muchas más cosas escribiera con verdad y los diera á ellos por testigos.

»Pasada esta tan peligrosa turbonada, determinaron subir el río arriba, así, flacos como estaban y en entrada de invierno, en dos bergantines, los pocos que quedaban vivos, y las fatigadas mujeres los curaban y los miraban, y les guisaban la comida, trayendo la leña á cuestras de fuera del navío, y animándolos con palabras varoniles, que no se dexasen morir, que presto darían en tierra de comida, metiéndolos á cuestras en los bergantines, con tanto amor como si fueran sus propios hijos. Y como llegamos á una generación de indios que se llaman tímúes, señores de mucho pescado, de nuevo los servimos en buscarles diversos modos de guisados, porque no les diese en rostro el pescado, á causa que lo comían sin pan y estaban muy flacos.

unas riquezas que nadie llegaba á ver, y que cuando se presentaban, iban acompañadas siempre de la muerte.

En Noviembre de 1541 mandó Irala poner bandera de enganche y hacer pregón para que se inscribiesen todos los deseosos de entrar tierra adentro. En el río se aderezaban varios bergantines. La partida iba á ser en Marzo de 1542.

Todo estaba listo, cuando circuló la noticia de que llegaba á la Asunción el nuevo Adelantado del Río de la Plata, Don Alvar Núñez, nombrado por el Emperador para suceder á Don Pedro de Mendoza.

* * *

Alvar Núñez Cabeza de Vaca fué uno de los hombres menos afortunados y más nobles y leales de la conquista. Su historia, que nada tenía de extraordinaria en aquellos tiempos de aventuras, parece hoy una novela. Nacido en Jerez, era nieto del Adelantado Pedro de Vera, al que concedieron los Reyes Católicos la conquista de las islas Canarias. Para esta empresa dejó en depósito á un alcaide moro, por fuerte suma de dinero, á dos hijos suyos, uno de los cuales fué el padre de Alvar Núñez.

Al pasar á la conquista de la Florida el gobernador Pánfilo de Narváez en 1528, fué en su compañía Alvar Núñez, todavía muy mozo, con el cargo de tesorero del Rey. Esta expedición, numerosa y bien preparada, tuvo el destino infausto de todas las que partían para el Nuevo Mundo con gran abundancia de hombres y pertrechos. La fortuna sólo parecía ayudar á los aventureros de escasos medios. Se perdieron casi todos los barcos de la expedición y la mayor parte de los españoles perecieron de enfermedades ó á manos de los indios de la Florida, «gente belicosa, feroz y caribe, que devoraba los cadáveres de sus enemigos».

De 600 hombres que iban en esta armada sólo se salvaron cuatro, que fueron Alvar Núñez, Alonso del Castillo, Andrés Dorantes y un negro llamado Estebanico de Azamor, esclavo de Alvar Núñez, según cuenta éste en sus *Comentarios*.

»Después determinaron subir el Paraná arriba, en demanda de bastimento, en el cual viaje pasaron tanto trabajo las desdichadas mujeres, que milagrosamente quiso Dios que viviesen por ver que en ellas estaba la vida dellos; porque todos los servicios del navío los tomaban ellas tan á pechos, que se tenía por afrentada la que menos hacía que otra, sirviendo de marear la vela, y gobernar el navío, y sondear de proa, y tomar el remo al soldado que no podía bogar, y desgotar el navío, y poniendo por delante á los soldados que no desanimasen, que para los hombres eran los trabajos. Verdad es que á estas cosas ellas no eran apremiadas, ni las hacían de obligación, ni las obligaban, si solamente la caridad. Así llegaron á esta ciudad de la Asunción, que aunque agora está muy fértil de bastimentos, entonces estaba dellos muy necesitada, que fué necesario que las mujeres volviesen de nuevo á sus trabajos rosando y carpiendo con sus propias manos, y sembrando y recogiendo el bastimento, sin ayuda de nadie, hasta tanto que los soldados guarecieron de sus flaquezas y comenzaron á señorear la tierra y adquirir indios é indias de sus servicios, hasta ponerse en el estado en que agora está la tierra.

»He querido escribir esto y traer á la memoria de V. A. para hacerle saber la ingratitud que conmigo se ha usado en esta tierra, porque al presente se repartió en la mayor parte de los que hay en ella, así de los antiguos como de los modernos, sin que de mí y de mis trabajos se tuviese ninguna memoria, y me dejaron de fuera sin me dar indio ni ningún género de servicio. Mucho me quisiera hallar libre, para me ir á presentarme delante de V. A. con los servicios que á Su Majestad he hecho y los agravios que agora se me hacen; mas no está en mi mano, porque estoy casada con un caballero de Sevilla que se llama Pedro de Esquivel, que por servir á S. M. ha sido causa que mis trabajos quedasen tan olvidados y se me renovasen de nuevo, porque tres veces le saqué el cuchillo de la garganta, como allá V. A. sabrá. Á que suplico mande me sea dado un repartimiento perpetuo, y en gratificación de mis servicios mande que sea proveído mi marido de algún cargo, conforme á la calidad de su persona, pues él, de su parte, por sus servicios lo merece. Nuestro Señor acreciente su Real vida y estado por muy largos años. Desta ciudad de la Asunción y de Julio 2, 1556 años. Servidora de V. A., que sus Reales manos besa.—DOÑA YSABEL DE GUEVARA.»